

gramaticales, suficientes para sugerir el concepto correlativo en el ánimo de nuestros lectores.

Hallábamos siempre la dificultad de reformar nuestra labor, sin destruirla por completo y comenzarla de nuevo; tarea abrumadora que acaso no hubiera tenido término. Eranos preciso pulir lo escrito sin borrarlo del todo, y esto equivalía á la pretensión del arquitecto, que encargado de construir un monumento, notara, llegado ya á lo más alto, defectos en todo lo demás, insubsanables ya á menos de derribar y rehacer lo construido.

Afortunadamente para nuestro caso, no se trata ahora de un monumento grandioso, ni mucho menos. Lo que ofrecemos al público es una población bastante numerosa, para que se encuentre acaso en unos sitios lo que pueda faltar en otros; por manera que el lector inteligente, insistiendo en la lectura, ha de hallar en la definición de unas palabras, algo que le facilite la interpretación en otras del pensamiento del autor.

Sobre todo recomendamos el esquema geométrico, porque en él hemos ensayado nosotros cuantos conceptos hemos concebido, hasta obtener la satisfacción de encontrar justificadas nuestras relaciones, por ser aquellas relaciones primarias y fundamentales, que dejábamos simbolizados en forma geométrica.

II

UTILIDAD DEL CRITERIO VIVIENTE REPRESENTADO Ó NO EN ESQUEMA

Expuesto el esquema en líneas, el pensamiento en palabras, y lo práctico en forma experimental externa, digamos algo como respuesta preventiva á la objeción que se opondrá por muchos á todo lo dicho. Si todo esto—se dirá—, si tan enrevesado ejercicio del pensamiento lleva solo á esclarecer un sentido filosófico; si tan alambicados conceptos han de constituir sólo un fondo de más ó menos verdad teórica, ¿de qué nos sirve para satisfacer cumplidamente los compromisos prácticos usuales que á cada momento nos asedian?

La exigencia de utilidad, para entregarse á algún ejercicio, tiene importante razón de ser.

Mas aunque muchos no lo crean, las consideraciones que dejamos apuntadas no carecen de utilidad, y aun de utilidad suma en circunstancias determinadas.

El criterio de la *relación*, y más aún de la relación práctica que es

el por nosotros recomendado, constituye sin duda un buen método filosófico.

Siguiéndole no sólo se evitan muchas equivocaciones, y se destruyen fantasmas creados por las doctrinas tradicionales; sino que se obtiene una doctrina conexas en todos sus elementos; leyes categóricas para el régimen de toda clase de procedimientos, y se confirma el sentimiento de la libertad y la autonomía, que acompañan á todos los seres vivientes desde su nacimiento hasta su muerte.

Se robustece la confianza y la fe en la ley moral, que nos lleva al bien en todos los lances de la precaria existencia de cuantos, por tan diversos caminos, cruzamos por el mundo.

Se nos revelan á cada paso relaciones inesperadas, que esclarecen y resuelven muchos problemas, y entre ellos los más interesantes, para poner en armonía lo ideal con lo real, el espíritu con la naturaleza, lo humano con lo divino; para valorar y llevar á cabo las aspiraciones que se propone la humanidad en todos los terrenos.

Para decirlo de una vez, buenos son indudablemente, y conviene fomentar en lo posible, los estudios particulares que se encaminan á los más lejanos horizontes de la humanidad en la vida práctica. Mas lo particular supone lo general, y lo uno sin lo otro sería inconcebible.

La Filosofía crítica teórico-práctica versa sobre generalidades necesarias.

Un diccionario crítico-filosófico es un diccionario de generalidades, consideradas desde el punto de vista de la generalidad más elevada y aplicables á toda particularidad correlativa.

Lo que interesa particularmente en un diccionario filosófico es la analogía de conceptos, al través de las innumerables diferencias que por todas partes han de brotar. En esto difiere bastante un diccionario filosófico de un diccionario de sinónimos.

Los autores de estos últimos se han propuesto directamente el análisis, haciendo resaltar las diferencias. La filosofía viviente no desprecia la síntesis, y aspira á sacar partido, sin faltar á la distinción, de esa identificación correlativa, que ha hecho también el *sentido* humano entre *sentidos* á veces muy diferentes. Aspira á la verdad *una*, por más que no la alcance: por eso es *filosofía* y no *ciencia* relativamente *pura*.

Larga es, en suma, la tarea encomendada al autor de un diccionario filosófico. A poco que quiera medir y explayarse en ella, podría llegar hasta un diccionario *universal*, si no fuera imposible lo universal absoluto en nuestro universo relativo. Por nuestra parte daremos simplemente la mínima muestra de tan indefinida fluxión de tarea filosófica.

III

ALGUNAS GENERALIDADES RESPECTO DE LAS PALABRAS

Los idiomas no obedecen á ley alguna absoluta ó método predeterminado. Hijos primitivos del sentimiento, se han fraguado libremente en la historia de la humanidad, y libremente se han acomodado en parte á las leyes lógicas, ó han discrepado de ellas en poco ó en mucho. Preguntarles su sentido filosófico para que nos le enseñen inductivamente, sería tan estéril como inoportuno. Llevamos nosotros en la mano la regla y el compás; las palabras nos reciben con escabrosidades infinitas, inaccesibles á la medición. No importa, son en muchos sentidos susceptibles de medida, y esto confirma nuestras *deducciones*, con pruebas experimentales, que nos complacen cuando las encontramos, sin que por eso deploramos su ausencia; la cual, en cambio de pasajeras desilusiones, nos reserva la inapreciable garantía de la LIBERTAD, que para nosotros necesitamos, ejercitándola con amplísimo derecho.

No se espere, pues, ver en nuestro estudio de la estructura de las palabras las *relaciones necesarias de las cosas*. Estas se reservan para el estudio de las leyes. Veremos relaciones accidentales, mas no por eso de escaso valor.

Préstanse las palabras á ser consideradas en su gramática propiamente dicha (analogía), en su ortografía, en su síntesis, en su historia, en su sinonimia ó en su heteronimia, en su filiación etimológica, en su parentesco onomatopéico, estructural y conceptual; en sus relaciones identificadoras y distintivas de cuantas formas caben en los ámbitos de lo posible.

Júzguese de la magnitud y de las dificultades de este estudio al sentir, siquiera sea confusamente, el embrollado conjunto de tantas generalidades. Intentemos, sin embargo, un somero esclarecimiento de tan insondable caos.

Se comienza á formar palabras con letras, que sumadas hacen sílabas, y estas sílabas hacen palabras, y las palabras hacen frases, oraciones; y las oraciones hacen párrafos, y los párrafos hacen libros, y los libros hacen *Biblias*, que por de pronto se encierran en lo que llamamos bibliotecas. ¡Feliz el libro más leído! No del todo infeliz el que por lo menos descansa largo tiempo en bibliotecas, y sobre todo si presta al cabo algún servicio á un lector improvisado en la serie de los siglos.

Cada letra puede permitir bastantes consideraciones estructurales, históricas, onomatológicas y conceptualistas. Pocas veces las haremos, porque sería tarea demasiado larga. Como es cuestión experimental, habría que consultar una por una cada letra, para ver cómo cuadraba con nuestro modo de sentir y de discurrir, y consultar luego la experiencia de todos los usos que se han hecho de ellas, para ver si se conformaban á *posteriori* con el tipo á *priori*.

Igual procedimiento aplicaremos á las sílabas y demás conjuntos de letras.

Dando un simple vistazo á la gramática y al diccionario de una lengua, luego se echa de ver que hay partes de la oración que rigen más particularmente á palabras determinadas de distintos modos, y que lo mismo sucede con las sílabas fijas, las prefijas, las subfijas, y aun las letras que las componen.

Los prefijos hacen las veces de sujetos (sustantivos) de la oración; los subfijos, de predicados (adjetivos), y los radicales, de verbos, ó en otros términos: los prefijos pueden figurar como fenómenos ó leyes relativamente indefinidos, aunque *definidos para sí*; los subfijos como fenómenos ó leyes definidas respecto de lo que dejan indefinido los prefijos; y las raíces como funciones intermedias que enlazan cuanto la frase encierra de indefinido por un lado y definido por otro.

Esta función de *hacerse mutuamente* los elementos de las palabras, es libre como queda dicho en la contextura del lenguaje; pero en medio de su libertad se somete á costumbres, que la lógica utiliza relacionándolas con sus leyes propias, para coordinarlo todo en cuanto sea lícito y asequible.

El estudio, en suma, de las palabras en su relación con los conceptos, es como todo estudio, un círculo de mutuo y progresivo esclarecimiento del concepto por la palabra, y de la palabra por el concepto; círculo que linda por un lado con el uso corriente que oficia como ley, y por otro con la libertad. La ley y la libertad mutuamente relacionadas á su vez, se traducen por costumbres á que todo se somete, sometiéndose ellas mismas á perpetua revisión, de cada momento aislado y de los momentos consecutivos en serie indefinida.